

En el principio era la palabra

Somos luces abismales

CAROLINA SANÍN

Penguin Random House, Bogotá, 2018, 203 pp.

EN ESTE libro tensado en la urdimbre de diversos registros escritos, Carolina Sanín confirma una ya larga vocación por la prosa como materia en sí, ajena a los convencionalismos de los géneros o a las urgencias del mercado por pasar toda literatura por el crisol de lo narrativo. Ella hace parte de una generación de escritores colombianos —como Juan Cárdenas y Pedro Adrián Zuluega— cuya búsqueda, una ponderación constante entre la crítica desembozada y el pertinaz cuidado del estilo, parece guiarse por la premisa, euclidiana en su sencilla enunciación, de escribir y hacerlo lo mejor posible. Los textos reunidos en *Somos luces abismales* cumplen sin tropiezos esta premisa y se abren plenos a la lectura gozosa, creativa incluso, por parte del lector.

Una de las primeras impresiones desprendidas de la lectura es la naturaleza elusiva de los temas, de la materia, de los textos. Debido a esta dificultad de desentrañar esa fibra básica del contenido, tal vez lo menos vago que se pueda decir del libro, sin falsear su naturaleza, es que es un libro sobre la palabra. No sobre la palabra como forma y función, al decir de los lingüistas, sino sobre la palabra como enigma y materia. De hecho, si *Somos luces abismales* hubiera de tener un epígrafe, sería aquel primer versículo del evangelio de san Juan, cuyo significado insondable se resiste invariablemente a cualquier tentativa de interpretación: “Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος” (“En el principio era la palabra” o “el verbo”, según las traducciones al uso).

Y es, sobre todo, a la palabra de la tradición semita a la que vuelve una y otra vez la autora por las ramas de una doble filiación: la hebrea y la árabe: la Biblia y el Corán: Yahvé y Alá. Tanto las citas bíblicas como las coránicas aparecen engastadas en la escritura sin afares eruditos o exegéticos; están puestas ahí como testimonios del misterio de ese verbo primero (o divino) y de los medios

por los cuales se intenta dar nombre a ese misterio. Además de las voces arcanas de los libros sagrados, en la escritura de Sanín está también presente la tradición de la palabra latina, vuelta romance por la larga historia de desencuentros y transmutaciones que terminaron desembocando en este “latín en la selva” (p. 21) —note-se que la preposición empleada por la autora no es “de”— que hablamos los americanos.

El interés de Sanín por el español como materia ya se encuentra en una parte de su producción bibliográfica anterior. En abono de esto pueden mencionarse su tesis doctoral, un trabajo sobre el libro medieval *Calila y Dimna*, una colección de apólogos árabes —de origen indio— traducidos al español en el siglo XIII, y la pequeña pero muy bien lograda biografía sobre Alonso X, donde recuenta la labor adelantada por el rey sabio para volver el castellano la lengua oficial del reino, tras el dominio secular del latín, el árabe y el hebreo en la península. Ahora, en *Somos luces abismales*, el gusto por la lengua, con sus caminos y accidentes etimológicos, con sus arquitecturas sintácticas, con sus humores y sus desaciertos, asoma como confirmación de un dominio incuestionable sobre esa materia (la lengua es el barro todavía informe del alfarero) y como interrogante nunca resuelto sobre qué es y qué se puede hacer con ella.

Las preguntas y observaciones de Sanín son, a veces, cándidas, insustanciales. Encuentra, por ejemplo, una semejanza morfológica entre el número cardinal “siete” y un verbo en modo imperativo: “Siete” parece un verbo en imperativo. Como “quédate” (p. 32). Hay también en ocasiones una inclinación por hacer explicaciones semánticas desde enunciados sobresabidos con el objeto de hacerlas pasar por sentencias reveladoras: “Lo contrario de tener poder es no tener poder. O es ser impotente. O sentirse impotente” (p. 43). ¿Qué nos está dejando saber con esto? ¿Que la negación es lo contrario a la afirmación? ¿Que para expresar negación o privación el español, y otras lenguas, usa el prefijo “in-”?

Sin embargo, cuando la observación se agudiza, cuando renuncia a las construcciones categóricas del verbo “ser” con un predicado inmovible

—como la anteriormente citada—, la mirada de Sanín nos descubre tímidas bellezas parapetadas tras los decires ordinarios de la lengua. Una de ellas, incluida en el texto “Nombres y ríos”, se detiene en el uso psicológicamente defectivo del verbo “nacer”, que, aunque puede conjugarse en todos los tiempos, modos y personas, tiene unas restricciones impuestas por el sentido: “No se dice que un río *nació* en su fuente, sino que *nace* en ella. El río siempre está naciendo. En cambio, uno dice su nacimiento en pasado. Vive toda la vida con su nacimiento terminado. *Nazco*: es difícil, incluso, reconocer la conjugación en presente” (p. 137).

Otro momento de revelación sobre la lengua nos llega al comienzo de la anécdota de tema caprino que abre el capítulo “Las Pléyades”. Allí, la autora recuenta una excursión a una granja de cabreros para comprar queso de cabra fresco, y aprovecha el motivo de la historia para retrotraerse a la tradición pastoril de los patriarcas bíblicos, con una corta nota etimológica, a manera de introducción, sobre el aprisco, el lugar donde se recogen los rebaños para protegerse de la intemperie: ‘Aprisco’ contiene ‘risco’, que, según se dice, puede estar en la raíz de ‘riesgo’, aunque otros dicen que ‘riesgo’ viene del árabe *rizq*, que es lo que depara la providencia: quizá lo contrario de un riesgo, y quizá lo mismo” (p. 151). El hecho de que lo deparado por la providencia sea un riesgo y su contrario encierra una verdad sobre la naturaleza ambivalente de la palabra como enigma: la capacidad de contener, simultáneamente, el significado y su opuesto, el haz y el envés, el reverso y el anverso (también, muchas veces, la palabra supera la dualidad de la oposición, y entonces darle vuelta, como un objeto de dos haces, resulta imposible).

Sirva la mención del árabe para detenerse en un aspecto no menor de la palabra: la traducción. Sanín, además de haber traducido varias de las citas incluidas en el libro —Whitman, Flaubert, Petrarca—, recuerda que una lengua también puede servir para velar a otra, para servirle de celosía por donde dejarse entrever. A propósito de un viejo cuaderno con lecciones de árabe y transcripciones de aleyas coránicas,

en el que la autora encuentra su nombre garrapateado por todas partes con los caracteres del alifato, menciona el caso de las jarchas aljamiadas del siglo XI, las breves codas de las moaxajas, composiciones líricas escritas según las rígidas preceptivas de la poesía árabe clásica, que reservaban la última estrofa —la jarcha— para una intromisión popular, callejera, articulada en romance pero escrita en árabe, en la que “una mujer lamenta la ausencia de su amado en un castellano que se lee en letras árabes” (p. 125).

La suerte de la mujer que se lamenta, descorazonada, por un amado cuyo regreso parece incierto, nos llega solamente por el artificio de la palabra escrita. Nada sabemos verdaderamente de su pena, y su dolor apenas nos resulta expresión de un tópico literario de la lírica amorosa. Como si no se pudiera reconocer el auditorio, nadie termina de saber para quién habla, para decirlo parafraseando la sabiduría popular, pues la lengua, como bien lo desdice Sanín, no es comunión ni territorio ni geografía comunes; es, por sobre cualquier metáfora abrazadora, una forma de estar muerto: “No es madre ni mundo nuestra lengua [...]. Esta lengua es el más allá” (p. 22).

Jerónimo Uribe Correa